

Después de caminar dos días sin descanso y con las piernas temblorosas, se hacen las 13.31 y el hombre llega a la ciudad de Anastasia, o mejor dicho anestesia, porque es tan triste y bella. El aroma a jacarandá mojado y helado que envenena te hace que vivas el viaje más agitado de todos y te adormezcas como un bebé en los brazos de su madre. Yo diría que la ciudad es gris, o azul, o verduzco, o púrpura; es de todos los colores que representan la nostalgia, porque en Anastasia el cielo siempre está atardeciendo y las aves siempre lloran cuando ven a dos personas tomadas de la mano caminar por las calles. Les recuerda a la vieja Anastasia, esa que siempre estaba alegre y amanecida, la que era de color amarillo, el de la felicidad. La avenida principal, Pureza, siempre solitaria y asoleada de sombra, en la que se consiguen los mejores consejos de amor por brujas francesas, está el anciano más sabio de la ciudad, el que la vio nacer, llena de gozo y danzas majestuosas. Él, el único, que esconde el secreto de cómo hacer que la ciudad vuelva a ser lo que antes fue, el que puede hacer que las aves vuelvan a cantar de alegría, el que puede hacer que el hombre salga de esta perdición que es Anastasia, porque una vez que ingresas no regresas más, porque una vez que ingresas no quieres salir otra vez, porque una vez que ingresas te atrapa con sus ramas espinosas y se mete en tu mente. Anastasia, la inolvidable.